

Edoardo Bizzarri

La eterna juventud de Leopardi (1)

Hace cien años, el 14 de Junio de 1837, moría en Nápoles, a la edad de treinta y nueve años apenas, uno de los más grandes, originales y atormentados genios que la literatura de todos los tiempos y de todos los países puede tener la gloria de contar: GIACOMO LEOPARDI. Su vida, si bien en una pobreza de notables vicisitudes exteriores, parece desarrollarse sobre líneas de algún olvidado mito helénico de la trágica fatalidad: sobre ella, con exasperante intensidad y con despiadada insistencia, habían persistido sin tregua el dolor y la infelicidad, adversidades y sufrimientos morales y físicos, enfermedades y desengaños de toda especie; éstas contribuyeron a hacer de él la más dolorosa y humanamente trágica figura de poeta que la historia recuerde, pero no sirvieron para sofocar o tampoco amenguar en él el ímpetu titánico de la creación artística; no sirvieron para debilitar o quebrantar la clara y sobrehumana voz del genio. Había pasado, entre los hombres y los acontecimientos de su época, como un gran solitario, ajeno en parte a su mismo tiempo, apartado de la sociedad en una soledad de tristeza humana, de impotencia física, de excelsos ideales vivientes en una atmósfera superior de sublime poesía; esencialmente un incomprendido, sin embargo no desconocido o ignorado. Sediento de gloria y de eternidad aun desde los años llenos de sueños y de entusiasmos de su adolescencia, pero desdeñando siempre la popularidad fácil, ruidosa y vana, él había — joven aún—aislado y tal vez podría decirse casi sepultado en su pue-

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile, con motivo de cumplirse el primer centenario de la muerte de Leopardi.

blecito natal de Recanati,—atrayendo sobre sí la atención y la admiración de los más famosos literatos italianos de ese tiempo; sus primeras canciones juveniles, animadas de emocionado fervor patriótico habían suscitado un eco profundo e imperecedero en los corazones de aquellos que se apresuraban a dar su sangre por la libertad y la unificación de Italia; las eruditísimas búsquedas filológicas, en las que había con inexhausta y prodigiosa pasión consumido los años de la adolescencia y de la primera juventud, minando inexorablemente y para siempre los exiguos recursos de su débil constitución física, le proporcionaron muy luego y siguieron proporcionándole el aplauso incondicional de los doctos europeos de todas las nacionalidades, de De Sinner, de Thilo, de Creuzer, de Niebhur. Este último había elogiado profundamente *candidissimum praeclari adolescentis ingenium et egregiam doctrinam* (el purísimo ingenio y la egregia doctrina del ilustre adolescente) y no había titubeado en llamarlo *Italiae conspicuum ornamentum* (ilustre ornamento de Italia).

Su fama, mientras vivió, no había conocido clamorosos éxitos mundanos ni había asumido tampoco grandiosas proporciones de popularidad; había quedado limitada a un público restringido pero muy seleccionado, a un círculo, no conspicuamente vasto en número pero apreciable por la personalidad y la calidad de los componentes, de apasionados y refinados cultores de la belleza, de la poesía y de la cultura. Su nombre no había sido de aquellos que corren fácilmente en bocas de todos, pero en boca de aquellos que lo habían pronunciado había sonado siempre con acento de cálida admiración y de incondicionado entusiasmo. Sus obras, publicadas durante su vida y con su autorización — dos breves volúmenes por todo, el uno de diálogos morales y filosóficos y el otro de líricas — no eran de esas que se encuentran fácilmente en las vitrinas de los libreros o sobre las mesitas de los salones y que suministran un argumento fácil para fútiles y ociosas conversaciones, sino que ocupaban el primer lugar en las bibliotecas de aquellos que las poseían, objeto constante de repetida lectura y de devoto estudio. Fama aristocrática, en su sentido más elevado, podría pues considerarse la que Leopardi gozó en su vida: no difundida vastamente entre las multitudes sino basada sólidamente en el férvido entusiasmo de una selecta pléyade de cultores. El entusiasmo de éstos, ya en el primer decenio después de la muerte del poeta, había creado nuevos numerosos adeptos al culto «leopardiano»; se había infiltrado profunda-

mente, y había conquistado siempre mayor número de admiradores y de estudiosos. Rápidamente se extendió la fama de Leopardi, se robusteció, se universalizó. Por doquier se comenzó a estudiar a Leopardi, a rebuscar con paciente amor la infinita y fragmentaria producción inédita, a comentarlo, a celebrarlo, en suma, como uno de los más grandes escritores y pensadores que jamás haya existido. «Ya en 1840, su rica y profunda personalidad fué dada a conocer a los alemanes, quienes habían admirado antes en él al filólogo, a través de una amplia monografía de Guillermo Schultz. En 1842 y en 1844 de Musset y Saint - Beuve, por intermedio de las páginas de la *Revue des Deux Mondes*, lo señalaban a la admiración del más culto público europeo». Desde entonces la personalidad compleja y singularísima de Leopardi ha atraído, en número constantemente creciente, estudiosos de todos los países; a tal punto que aquel que quisiera, con cuidadoso esmero trazar, en sus diversas y principales fases, una historia de la difusión de la fama, de la obra y de los estudios leopardianos en el mundo, tendría abundante material para más de un conspicuo volumen. Durante ese tiempo sus poesías líricas fueron traducidas a casi todos los idiomas, hasta al armenio; de ellas, sólo en español, francés e inglés, se pueden contar en conjunto a lo menos una veintena de traducciones diferentes.

Cien años bastaron para acumular sobre Leopardi una bibliografía tan rica y extensa que pasa a ocupar el segundo lugar sólo después de la dantesca. No ha existido un momento de la vida de Leopardi que no haya sido con precisa documentación reevocado, no ha habido página inédita de él u hoja volante de apuntes que no haya sido publicada, no hay ningún aspecto particular de su personalidad de hombre, de poeta y de pensador que no haya sido objeto de un acucioso examen y de repetidas investigaciones. La pasión de los investigadores, y especiales y favorables circunstancias de orden práctico y documentario, han permitido reconstruir casi día por día el hilo de los más íntimos pensamientos del poeta. En realidad, de ningún otro gran escritor sabemos tanto como de Leopardi, de las vicisitudes humanas y de la vida interior. Podría, por lo tanto, aparecer inútil y vanamente presuntuosa la tarea de quien, con ocasión del primer centenario de la muerte del poeta, ha sido llamado a hablar de Leopardi; especialmente en este país, tan sensible a toda manifestación de cultura, donde la

conmemoración leopardiana despierta profundo y grandioso interés en los ambientes intelectuales y en los órganos de la prensa. Inútil tarea, si tuviera que agotarse al recordar las desgraciadas y hasta demasiado conocidas vicisitudes de la vida, o a la tentativa de describir en su compleja, y se puede muy bien decir inalcanzable totalidad, la figura de Leopardi. Este habitual método de conmemoración puede servir y sirve muy bien con respecto a ciertos olvidados, si bien históricamente interesantes e importantes personajes, que la curiosidad de los doctos y la gratitud de la posteridad, en las debidas recurrencias cronológicas, extraen de los polvorientos archivos de la historia. Esto no puede servir para un Leopardi. En efecto, el homenaje que con esta reunión se trata de dirigir a la grandeza y a la memoria de Leopardi sólo puede tener un sentido y un valor no de mera función académica, si tratamos de individualizar claramente e independiente de cualquier otro factor de índole transitoria y personal y de cualquiera consideración que no es de puro contenido artístico, los verdaderos títulos de Leopardi a la inmortalidad, las razones esenciales por las cuales su obra y su nombre vivieron y vivirán perennemente en el transcurrir de los siglos

En consecuencia, siendo tal el fin principal de nuestra búsqueda y de esta celebración, no nos detendremos a recordar los casos del niño prodigio, que a los quince años podía hacerle frente a los más doctos filólogos europeos, ni las vicisitudes del hombre que tal vez más que ningún otro saboreó la amargura de la infelicidad. Todo esto pertenece a la historia, a la crónica; en una palabra al tiempo; y todo esto no justifica, ni sirve para justificar la inmortalidad de Leopardi. Respecto del cual, en grado mucho mayor que otros escritores insignes, le aconteció que la dolorosa humanidad de su figura — que no puede dejar de conmovernos sinceramente y hacer un llamado profundo a nuestros sentimientos — haya servido a menudo para ofuscar una clara visión de la verdadera esencia de su arte. Demasiado a menudo crítica y lectores se han dejado transportar por lo que puede llamarse el caso Leopardi, y han buscado en su vida la explicación de su arte, de tal manera que en la indagación del hombre se ha ido perdiendo de vista el verdadero aspecto del poeta; éste vive en su imagen más pura sólo y exclusivamente en su poesía. En verdad, no es la vida la que nos ayuda a entender la obra de un poeta, es por el contrario, la poesía quien puede ayudarnos a entender la vida,

porque sólo en la poesía el poeta puede con absoluta libertad revelar y descubrirse a sí mismo. Esta no es una paradoja: bástenos recordar a Homero y a ciertos líricos griegos, de cuya vida no conocemos nada con exactitud, y cuya persona se nos aparece admirablemente viva y bien definida a través de la perenne juventud de su canto. Todo esto es especialmente verdadero en lo referente a Leopardi, por la calidad misma, como veremos, de su poesía; y es la mejor y más segura guía para una justa interpretación de ella. Dejemos aparte, por un momento, todo cuanto de crítica y erudición se ha ido acumulando en estos cien años sobre Leopardi, a menudo publicando indiscretamente todo lo que del poeta era sólo material de trabajo, apuntes, esbozos y nunca destinado para su publicación. Imaginémosnos que las vicisitudes de su vida estén perdidas en una neblina de leyenda como las de Safo, de la cual él quiso repetir el último canto, como la de algunos líricos griegos que formaron la pasión juvenil del poeta. En suma, imaginemos que nada más se sepa del hombre Giacomo Leopardi, que no se conozca de él nada, y no quede de él más que un exiguo pequeño volumen intitulado «Canti», en el cual están recopiladas solamente cuarenta poesías líricas algunas de las cuales apenas en fragmentos. Acerquémonos a estas líricas con perfecta pureza de espíritu: diez de ellas bastan para la gloria imperecedera de un poeta. Dejemos aparte las glosas de los eruditos, de los comentaristas, de los biógrafos y leamos estas poesías: en ellas veremos brotar con admirable nitidez de relieve esa figura de Leopardi que los variados centenares de estudios y de volúmenes que en estos últimos años han salido casi diariamente de las imprentas de todo el mundo no han logrado todavía darnos de una manera satisfactoria; en ellas encontraremos la verdadera inmortalidad de Leopardi que está hecha de immaculada substancia lírica. Le fueron negadas, a Leopardi, por la naturaleza, en esto verdaderamente madrastra suya, las alegrías transitorias y sin embargo bellas de la juventud física; pero le fué concedido conquistarse con sus Cantos una juventud que no conoce ocasos ni decadencias. Ya que con los Cantos él se elevó hacia los cielos más altos y tersos de la lírica, en esa sublime y superior atmósfera que elude restricciones de tiempo y barreras de nacionalidad, que está por encima de las diferencias de pensamiento y del cambio de los gustos. Allí, en un empíreo de eterna juventud y de inalterable primavera, florecen perpetuamente sus Cantos; de

allí, con acentos y melodías y resonancias inmaterialmente nuevas, inmediatas, actuales, ellos hablan al corazón de todos los hombres y de todas las edades.

Hemos dicho al corazón y no al pensamiento. Hemos dicho que la esencia íntima de la grandeza y de la inmortalidad de Leopardi es lírica: agreguemos, no filosófica o de pensamiento. Sobre este punto es necesario detenernos un poco puesto que desde la época en que Schopenhauer señaló a Leopardi como el más elocuente y el más grande entre los escritores que han dado a conocer la miseria de la vida, un gran prejuicio ha pesado insistentemente sobre una buena parte de la crítica leopardiana, es decir, que los Cantos fueron una especie de paradigmas filosóficos y que uno de los valores más dignos de consideración y de estudio de la poesía leopardiana es su presunta profundidad de pensamiento. Enorme perjuicio y equivocación que encuentra su justificación histórica en ciertas manías pseudo-filosóficas del siglo pasado y en la relativa general confusión de ideas alrededor de lo que es filosofía y lo que es pensamiento. Podría comenzarse por observar que el pesimismo no es una filosofía o un orden de pensamiento sino una tendencia, una inclinación del espíritu, de carácter pasional o sentimental; podría también recordarse que cualquiera forma de pesimismo, cuando quiere concretarse en doctrina o profesión de fe, reniega implícitamente a sí misma: no existe pesimista que pueda trabajar pesimísticamente, y sobre todo no existe poeta que pueda poetizar pesimísticamente; puede ser él pesimista en todo, pero es necesario que crea en el acto creativo del arte.

Sin embargo, no es nuestra intención internarnos en el laberinto enmarañado de las discusiones que se han hecho y que se siguen haciendo sobre el pesimismo en general y sobre el leopardiano en particular; no es nuestra intención, digo, porque no es en esto donde podemos encontrar al verdadero y eterno Leopardi. Con todo, no creemos en lo más mínimo menguar la importancia y el interés del pensamiento leopardiano; al ejercicio solitario del pensamiento tal vez nadie se dedicó con tanta insistencia y con tan profunda participación íntima de sentimiento, como Leopardi, de tal manera que es imposible apartar y aislar de la infinitamente rica personalidad del poeta la figura del pensador. Pero justamente por esto es evidente que el llamado pensamiento leopardiano pertenece a un orden de factores no ideológicos, se mueve en un plano

no esencialmente filosófico. Escapa y ha rehuído en el hecho a toda clara y definitiva determinación; por cuya razón se han tenido de él las más variadas, elásticas y personales interpretaciones. «Su filosofía» ha sido observado «no tiene color a éste o a aquel sistema filosófico, sino color propio suyo personal. Encuéntrase en diversas de sus partes reminiscencias estoicas, platónicas, sensistas, una erudición variada sobre todo clásica. Pero el todo es pensamiento original, y por la inexorabilidad de las conclusiones y por su compenetración en todas las fuerzas de la vida». ¿Cómo puede acontecer esto que considerado filosóficamente es una contradicción de términos, un absurdo? Puede suceder sólo porque el fondo, la esencia, la vitalidad del llamado pensamiento leopardiano no son de orden filosófico, sino puramente lírico. De donde acontece que hombres de cualquiera tendencia filosófica y de cualquier temperamento, jóvenes en el fervor de sus primeros entusiasmos sueños y viejos cansados de experiencia, hombres que están muy lejos del llamado pesimismo leopardiano, pensadores profundamente religiosos, como Gioberti, o áridos materialistas, hombres ya sea tanto de armas o de acción como contemplativos, pueden igualmente encontrar a sí mismos, descubrir partes vivas ya a menudo ignoradas de su alma en las líricas de Leopardi, y conmoverse profundamente a los acentos del poeta y participar íntima e integralmente en la atmósfera lírica creada por él. De donde acontece que mientras que lo que se entiende comúnmente por pensamiento leopardiano cae al primer asalto dialéctico, si es aislado en el plano de la filosofía o bien del razonamiento, las expresiones poéticas de ese pensamiento se animan con amplias resonancias, vibran con profunda y universal verdad; y esto porque ellas se despojan de todo ropaje y de toda vanagloria filosófica y llegan a ser únicamente materia lírica. Esta diferencia entre verdad filosófica y verdad lírica, es la base esencial para una correcta interpretación de Leopardi, y no es inútil tal vez esclarecerla con un ejemplo. Tomemos uno de los versos más conocidos y repetidos de Leopardi, aquel en el cual él habla de la infinita vanidad del todo. Filosóficamente considerada, no se puede decir ciertamente que semejante afirmación tenga mucho sentido, o especial acuciosidad u originalidad; es una de las más antiguas y repetidas expresiones de cierto pesimismo de origen oriental y de antiquísima fecha; es desmentida por toda la historia y por toda la experiencia humana; el hombre mismo que pretenda profe-

sarla como concepción de vida, está obligado, consciente o no, a contradecirla en cada momento de su existencia y de su acción. Pero nuestra vida interior está también hecha de emociones, de sensaciones, de estados de ánimo fugaces y mutables, que pueden estar en contradicción entre ellos, en contradicción con nuestros pensamientos y con la realidad objetiva de los hechos, y sin embargo son, existen, todos nosotros los experimentamos y son de una verdad, no definitiva y filosófica, sino hecha toda de sentimiento humano, que aun en su transitoriedad es eterna y universal en cuanto eterna y universalmente se repite en la historia íntima de todos los hombres. Uno de estos fugaces pero reales estados de ánimo, uno de estos infinitos y diversos momentos de nuestra vida interior, puede ser y es, aun en los hombres de la más sana mentalidad y del más robusto optimismo, el sentido opresor, profundo, desolado de la infinita vanidad del todo: realidad viva sólo en una breve faz de nuestro espíritu inquieto y superada inmediatamente por éste, no resultado de pensamiento. Y es justamente al captar en su íntima universal esencia un momento de nuestro yo interior, no porque es filosóficamente verdadero sino porque es perennemente humano, no porque es o quiera ser una visión general o una síntesis de toda la vida del hombre sino sólo un transitorio aspecto de ésta que sin embargo se repite constantemente en la humanidad; al captar este momento, despojándolo de todo lo que hay en él de contingente y efímero, fijándolo en formas perfectas e inmaculadas de armonía son al mismo tiempo la verdad y la grandeza de la poesía de Giacomo Leopardi, verdad y grandeza de insuperada y exclusiva potencia lírica.

Y es justamente por este complejo de razones que la poesía de Leopardi tiene menos que cualquier otra, necesidad de ninguna clase de glosas y de comentarios. Leamos algunos versos de una de las más conocidas poesías leopardianas, «A SILVIA» y permitidme que junto a la traducción española os lea también el original italiano, porque en una traducción se suelen perder inevitablemente y en su mayor parte ese profundo ritmo, esa musicalidad de acentos y armonía de sonidos, que no menos que las palabras y las imágenes forman parte integrante de la poesía leopardiana y contribuyen substancialmente a la creación de una vibrante atmósfera de lirismo.

¿Recuerdas, Silvia mía,
de tu vida mortal aquellos tiempos
cuando el amor brillaba
en tus ojos inquietos y rientes,
y, alegre y pensativa, los umbrales
cruzabas de los años florecientes?

Sonaba en las tranquilas
estancias y en las calles
el eco de tu canto,
cuando al trabajo femenino atenta
te sentabas, contenta
del dulce porvenir que presentías.
Era el mayo oloroso, y tú mirabas
correr así los días.

*¿Silvia, rimembri ancora
quel tempo della tua vita mortale;
quando bellá splendea
negli occhi tuoi ridentu e saggitivi,
e tu, lieta e pensosa, il limulare
di gioventú salivi?
Sonavan le quiete
stanze, e le vie d'intorno,
al tuo perpetuo canto,
allor che all'opre femminili intenta
sedevi, assai contenta
di quel vago avvenir che in mente avevi.
Era il maggio odoroso: e tu solevi
così passare il giorno.*

Pues bien, puede el crítico curioso divertirse en rebuscar si esta Silvia ha existido realmente, descubrir los datos anagráficos, hacer suposiciones sobre las eventuales relaciones del poeta con ella; o peor aun, tratar de relacionar toda la poesía con cierto orden especial de ideas leopardianas. ¿Pero qué importa en realidad todo esto? ¿Qué verdadero interés tiene? Lo que importa realmente y lo que sólo interesa es que en esta criatura de inmortal y perpetua vida, a la que el poeta le da el nombre de Silvia, cada uno de nosotros encuentra la imagen de un sueño, un impulso de su corazón, una parte dulce y lejana de sí mismo que por magia del poeta florece improvisadamente con apasionada melancolía.

Reside en la naturaleza misma de la poesía lírica el vivir fuera del tiempo, porque el sentimiento lírico, en su substancial y perenne interioridad, se mueve fuera de las manifestaciones prácticas de vida que forman la historia. Y ningún otro poeta fué tal vez más típica y exclusivamente lírico que Leopardi. Ninguno como él supo no sólo traducir en armonía de imágenes y de acentos este sentimiento y esta necesidad lírica, en la multiplicidad de sus manifestaciones, supo captarlos en su secreta impalpable esencia. Basta recordar la breve poesía, L'INFINITO:

Siempre cara me fuiste, yerma cumbre,
y esta espesura, que a los ojos roba
tanta parte del último horizonte.
Sentado aquí y mirando, interminables
espacios a lo lejos, sobrehumanos
silencios y una calma profundísima
en el pensar me finjo; y poco falta
para que tiemble el corazón. Y oyendo
silbar el viento entre las frondas, voy
comparando esta voz a aquel silencio
infinito; en lo eterno pienso entonces,
en la muerta estación y en la presente,
viviente y rumorosa. Y así en esta
inmensidad se anega el pensar mío,
y el naufragar me es dulce en este mar.

*Sempre caro mi fu quest'ermo colle,
e questa siepe, che da tanta parte
dell'ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedendo e mirando, interminati
spazi di là da quella; e sovrumani
silenzii e profondissima quiete
io nel pensier mi fingo; ove per poco
il cor non si spaura. E come il vento
odo stormir tra queste piante, io quello
infinito silenzio a questa voce
vo comparando: e mi sovien l'eterno;
e le morte stagioni, e la presente
e viva, e il suon di lei. Così tra questa
immensità s'annega il pensier mio:
e il naufragar m'è dolce in questo mare.*

Muy pocos poetas supieron, como Leopardi, vibrar con tanta conmovida humanidad al unísono con la naturaleza o vestir ésta con tan palpitante y acongojada humanidad. Basta recordar los versos iniciales del último canto de SAFFO:

Plácida noche y pudoroso rayo
de moribunda luna, y tú que naces
sobre la roca tras la muda selva
nuncio del día.

*Placida notte, e verecondo raggio
della cadente luna; e tu che spunti
fra la tacita selva in su la rupe,
nunzio del giorno.*

Se podría continuar por un largo trecho con semejantes citas; pero Leopardi no es en realidad un poeta de citas. Cada lírica suya vive su especial, perfecta e indestructible unidad. Mucho menos es Leopardi poeta para recitales públicos: sentimos la necesidad imperiosa de acercarnos hasta él, solos, cada uno de nosotros en su propio interior, en ciertos momentos especiales de nuestra vida, para coger plenamente en todo su atractivo personalísimo y rico de infinitas resonancias y variaciones, la voz del poeta.

Atractivo que, en su verdadera esencia y en su compleja integridad, inevitablemente elude la objetivación y el análisis de la crítica aún más aguda y atenta. Está hecho al mismo tiempo de sentimientos, de imágenes, de melodía; es realizado a través de un supremo inadvertible magisterio de arte, una inmaculada pureza de expresión, una constante, sincera y viril austeridad de estilo; fluye desde las más elevadas, vibrantes y tersas atmósferas de lirismo, con una límpida vena de inexhausta e inextinguible juventud.

Pocas horas antes de su muerte Leopardi había dado los últimos retoques a su última poesía *IL TRAMONTO DELLA LUNA*. Leamos siquiera la primera estancia:

Como en noche silente,
sobre el campo de plata y la corriente,
donde aletea el céfiro
y fingen mil aspectos vagarosos
y objetos engañosos
las apartadas sombras
en medio de las ondas cristalinas.
frondas, setos y granjas y colinas
llegando al horizonte tras los Alpes
y tras el Apenino, o del Tirreno
al infinito seno,
baja la luna y palidece el mundo;
y huyen todas las sombras, y una misma
obscuridad confunde monte y valle;
y sumido en tinieblas,
cantando con doliente melodía,
saluda el carretero

*Qualc in notte solinga,
sovra campagne inargentate ed acque,
la 've zefiro aleggia,
e mille vaghi aspetti
e ingannevoli obietti
fingon l'ombre lontane
infra l'onde tranquille
e rami e siepi e collinette e ville;
giunta al confin del cielo,
dietro Appennino od Alpe, o del Tirreno
nell'infinito seno
scende la luna; e si scolora il mondo;
spariscon l'ombre, ed una
oscurità la valle e il monte imbruna;
orba la notte resta,
e cantando, con mesta melodia,
l'estremo albor della fuggente luce,*

al resplandor postrero
del astro que hasta entonces fué su guía;

*che dianzi gli fu duce,
saluta il carretier dalla sua via;*

De igual modo se aleja
y nuestra vida deja
la juventud.

*Tal si dilegua, e tale
lascia l'età mortale
la giovinezza.*

«La luna se ha puesto, y el carretero canta» ha observado un crítico. «La juventud desaparece, pero el hombre queda y entona su canto». Podemos agregar que también el hombre, con sus infelicidades, sus preocupaciones y las efímeras contingencias de su vida, pasa y desaparece. Pero el canto queda, y resuena perennemente espontáneo en el mundo: en él florece inmortalmente la juventud; en él vive eternamente joven, contemporáneo de todas las edades, GIACOMO LEOPARDI.